

CÁTEDRA «FELIPE II»

ÓSCAR MAZÍN

**MONARQUÍA RECONDUCTA**  
Modulaciones del dominio real en el ámbito eclesiástico,  
Perú y Nueva España (siglo XVI al XVII)

PRÓLOGO DE JOSÉ JAVIER RUIZ IBÁÑEZ



**COLECCIÓN «SÍNTESIS» XXIII**



EDICIONES  
Universidad  
Valladolid

## Índice

Prólogo	11
Prefacio	33
<b>Parte primera: Fundamentos</b>	39
I.- Tres nociones	45
<i>Imperio</i>	45
<i>Tierra</i>	48
<i>Saber</i>	50
II.- "Indias" del Nuevo Mundo	57
<i>Las nociones convergen</i>	57
<i>Las Indias como imperio</i>	59
III.- Rey Católico e imperio de las Indias	63
<i>Patronato eclesiástico</i>	64
<i>Precedencia y antigüedad</i>	70
<i>Subsidiaridad indiana</i>	73
IV.- La percepción local del rey	75
V.- Orden social y ámbito eclesiástico	81
VI.- La controversia de las Indias	85
<i>Los indios</i>	86
<i>Guerra, encomiendas y gobierno</i>	87
<i>Dominio y otredad cultural</i>	90
<i>Derecho y legislación</i>	91
<i>Esclavitud y servicios personales</i>	93
<i>Trascendencia</i>	94
VII.- Los fundamentos como instrumentos de explicación	97

<b>Parte segunda: Reconducción</b>	101
I.- El Perú	107
Sustratos espaciales	107
Mitigar la disgregación	110
<i>Visita general del reino</i>	110
<i>Cristianización de las repúblicas</i>	112
<i>Templando la cristianización</i>	116
<i>Los obispos</i>	119
<i>Diócesis y Audiencias</i>	120
<i>Los frailes</i>	124
Convergencia de los cleros	128
<i>Religión y lenguas</i>	133
Fervor y trascendencia conciliar	136
<i>Dinámica de la asamblea</i>	142
<i>Resonancia de la visita de Toledo en el Concilio Tercero</i>	147
Modulación del dominio real	156
II.- La Nueva España	159
Referente de ubicación	159
Pueblos y frailes	160
Orden hispánico e iglesia secular	161
<i>Concilios, virreyes y prelados</i>	169
<i>Legislación diocesana e integración del reino</i>	172
<i>El antagonismo, la visita y la coyuntura de 1566</i>	175
<i>El arraigo y las hechuras cortesanas</i>	184
<i>Recomposición</i>	189
<i>Búsqueda de equilibrios</i>	193
Ingredientes de reconducción	196
<i>Traslado de mandatarios</i>	197
<i>Prelado virrey</i>	199
<i>Coaliciones en pugna</i>	207
Modulación del dominio real	211
III.- Conclusión	215

<b>Parte tercera: Pervivencias</b>	217
I.- Normalización: primeros atisbos	223
<i>Una plataforma cortesana</i>	223
<i>Las vacantes de virrey como estímulo</i>	226
Regularizar la preeminencia	232
<i>La Compañía de Jesús</i>	232
<i>El dominio de las lenguas</i>	235
<i>La contienda por el seminario, el concilio cuarto de Lima y</i>	
<i>El Cercado</i>	236
<i>Desenlace</i>	242
II.- El virrey normalizador	247
<i>Don Luis de Velasco gobierna la Nueva España</i>	247
<i>Los indios y la justicia</i>	248
<i>Tierra Adentro y movilidad</i>	250
<i>El ámbito diocesano</i>	252
<i>Potenciar los ejes cardinales del reino</i>	255
<i>Recapitulación</i>	256
III.- Secuencia continental	259
<i>El virrey Velasco y el Perú</i>	259
<i>Los indios</i>	260
<i>Patronato regio</i>	263
<i>El Quinto Concilio de Lima</i>	267
<i>Reprensión</i>	268
<i>La capilla del rey</i>	271
<i>Las fábricas catedrales</i>	271
<i>Las órdenes religiosas</i>	272
<i>Recapitulación</i>	256
Tres virreyes en circulación	276
<i>El conde de Monterrey y el episcopalismo de la Nueva España</i>	279
<i>El marqués de Montesclaros y el afianzamiento de la autoridad real en el Perú</i>	284
<i>El virrey Velasco cierra un ciclo</i>	293
Epílogo: "miradas al porvenir"	307
Retorno del patriarca	307
<i>Modulación meridional</i>	311
<i>Modulación septentrional</i>	315
Episcopalismo estructural	322
Supremacía convergente	325
Fuentes y referencias bibliográficas	355

Genealogías: reyes y virreyes de Nueva España, Perú, Nuevo Reino de Granada y Río de la Plata	357
Mapas: Diócesis y Reales Audiencias en América Hispana (siglos XVI y XVII).	371

## *Prólogo*

De la iridiscencia del pasado, de la sabiduría de apreciarla y de cómo Óscar Mazín es capaz de iluminar de un solo trazo toda la historia de la Monarquía Hispánica.

### El virtuoso zigurat asimétrico

Es difícil expresar con justicia lo emocionante que ha resultado contemplar la evolución del estudio de la historia de los mundos ibéricos en las últimas cuatro décadas. Los historiadores primero lograron emanciparse de una serie de marcos analíticos que encorsetaban la visión del pasado e hipotecaban la comprensión del ahora. La pesquisa sobre el pasado iba a ir mucho más allá, no contentándose los investigadores con rebatir una lectura que proyectaba sobre el pretérito la sombra del presente, sino asumiendo el riesgo y viviendo la aventura de hacer el esfuerzo de alzar una nueva fábrica. Sus contrafuertes no habrían de ser el presentismo, la ideología o unos marcos teóricos huecos y autorreferenciales, sino la más modesta investigación de base, la reflexión y el diálogo. Ha sido una operación realizada lejos del viejo Babel, o, al menos, se ha logrado esquivar la maldición bíblica, lo que no ha sido un logro menor considerando las condiciones de la construcción. El nuevo edificio historiográfico no ha caído en la tentación de afirmar que su obra habría de alcanzar el mismísimo cielo de la verdad histórica: sus alarifes, albañiles y carpinteros han sido muy conscientes de que su torre es una construcción provisional, contextual, imperfecta y nada simétrica y de que, en ella, sólo se alcanzará la altura de una certeza que siempre es visitada por su hermana, la duda científica. Es significativo que lo que acabó con la elevada torre veterotestamentaria haya sido la fuerza central de la renovación para la historia de

los mundos ibéricos: la diversidad de voces. La multitud de tradiciones historiográficas, de lenguas, de metodologías, de ideas, de personas, de procedencias y de opiniones ha propiciado su construcción y le ha dado su forma peculiar de parecer una estructura tan contrahecha como eficaz. En este Babel tan peculiar la pluralidad no ha sido sinónimo de caos, desorden y confrontación, sino de todo lo contrario. Es más, se puede afirmar sin sonrojo que sólo esa diversidad podía superar unos retos que parecían invencibles hace unas décadas<sup>1</sup>.

Salvo algunas excepciones notables, la visión que se podía tener de los mundos ibéricos hacia 1970 insistía en contemplarlos como un ámbito con muy poco interés, cuyas poblaciones se veían determinadas por su anclaje en la periferia de la historia. Su siglo de Oro cultural era admirable, cierto, pero no dejaba de ser la expresión de unas sociedades atónicas que representaban algo así como la fase superior de un feudalismo caduco y agonizante. Las visiones que se construían de ellos repetían cacofonías gastadas desde hacía uno o dos siglos. Según éstas, las raíces fundacionales del entramado que fundaron los dominios de los reyes de España y de Portugal explicaron su rápida emergencia, pero al mismo tiempo determinaban su agostamiento acelerado. Su matriz católica, mediterránea, romana y universalista habría de ser incompatible con las formas de modernidad que eclosionarían en el siglo XIX. El fracaso general, o al menos el retraso en su formación, de los estados herederos de las Monarquías Ibéricas a lo largo de Novecientos fueron invocadas pronto como pruebas irrefutables de las taras que los constituían.

La historia nacional, la visión autocentrada de la historia anglosajona o francesa, la concepción liberal del mundo, el estructuralismo

---

<sup>1</sup> La defensa de la pluralidad de la lengua como un elemento vertebrador necesario de una historiografía que sume todas las energías para comprender la historia de los Mundos Ibéricos evitando la colonización de la historiografía anglosajona y la consolidación de una jerarquía académica que se hace pasar por científica ha sido uno de los caballos de batalla de Óscar Mazín como demostró su organización en febrero de 2010 del *Coloquio Internacional. Escribir y Leer: Lengua, autoridad y plataforma tecnológica en Revistas de Historia* (México) y de la redacción de la declaración subsiguiente.

económico o demográfico y el folclorismo de una parte, sólo una parte, de los hispanistas y americanistas, incidieron en ver a los mundos ibéricos como una alteridad necesaria para sustentar sus propias afirmaciones portadoras de la luz y la modernidad. El periodo de dominio de los reyes de España y Portugal fue presentado como un tiempo en el que la soberanía había sido confiscada a los pueblos (entendidos como actores políticos *y/o nacionales*), como una vía opuesta al progreso, como un entramado incapaz de evolucionar y como una experiencia desarrollada en el sentido erróneo de la historia. La acumulación de estas visiones se declinaba de manera práctica para los historiadores en una serie de afirmaciones dogmáticas: incompatibilidad entre el estudio de territorios con especial hincapié en la cesura infinita entre los mundos europeos, americanos y asiáticos, falta de protagonismo de las poblaciones no ibéricas, naturaleza absoluta de un poder regio omnímodo y caprichoso, confusión entre la historia de la Corona y de la Monarquía, y carácter inmóvil y oscurantista de la sociedad. La historia de la Monarquía sería la de sus gobernantes y de los relatos contruidos por o contra ellos. Respecto a la otra cara de esta moneda, la hagiográfica, también estuvo presente sobre todo después de 1898 e insistía un tanto más en el protagonismo múltiple de territorios (más que de personas), lo que hay que reconocer que era una vía más fértil, pero al dotarse de un sentido ideológico y trascendental supeditaba las acciones de las gentes a un gran designio y de esta forma esencializaba también el pasado.

No hace falta recordar aquí las principales etapas por las que una historia de los mundos ibéricos se abrió camino, ya se ha hecho en otros textos y baste con evocar sus grandes momentos: la influencia de la historiografía francesa e inglesa, el debate de la historia del Estado, la irrupción de la historia de la práctica, la interconexión de historiografías y la formulación de interpretaciones globales. Todo ello se conoce y está bien documentado. Lo que es muy interesante es que, frente a otros momentos historiográficos, estas transformaciones no obedecían a la hegemonía de ninguna escuela, a la recepción reverencial de los textos de un filósofo, politólogo, antropólogo o sociólogo en boga, ni, mucho menos, a los estímulos de prestigio y recursos que se pudieran dar por el reconocimiento de parte de las grandes instituciones de